

Vascovski se puso á rezar con la cabeza inclinada, y terminó su plegaria con estas palabras:

—Solo Dios puede alejar la muerte, solo Dios la puede salvar.

Quince minutos después, Bigiel recibía de su esposa un billete concebido en estos términos:

«Afortunadamente ha pasado la crisis.»

XVIII

Lleno de angustia, con el temor de no encontrar ya viva á Litka, Polaniecki corrió á casa de la señora Emilia. Sintió como si renaciera á la vida cuando ésta le acogió con estas palabras.

—Mejor, mejor.

—¿Está aquí el médico?

—Sí.

—¿Y la niña?

—Duerme.

A pesar de haber recobrado la esperanza, el rostro de la señora Emilia conservaba impresas las huellas de la angustia y de la inquietud. Tenía descoloridos los labios, brillantes y encendidos los ojos, las mejillas ardientes como tizonas. Debía estar rendida de fatiga, porque había pasado veinticuatro horas sin dormir,

El médico, un hombre joven y de energía, aseguraba que ya había pasado el peligro, y la pobre madre estaba pendiente de sus labios mientras él le decía á Polaniecki:

—Es preciso evitar una nueva crisis y la evitaremos,

A pesar de que esas palabras consoladoras que

rían significar que un nuevo ataque sería fatal, la madre se asió de la última esperanza, esto es la de poder evitar una crisis ulterior, ni más ni menos que el que está á punto de arrojarse á un abismo y trata de agarrarse á las débiles matas que crecen en su boca.

—Sí, la evitaremos,—repetía sin cesar la pobre señora estrechando las manos al doctor.

—Como le he dicho á usted,—repuso el médico dirigiéndose á la señora Emilia,—el peligro ha pasado, y por lo tanto de nada serviría aquí mi presencia; volveré mañana por la mañana. Pero usted debe procurar dormir, es indispensable, lo necesita usted.

—Es imposible,—objetó la señora Emilia.

Entonces el médico la miró fijamente con sus ojos de color azul pálido, y dijo con tono lento é incisivo.

—Dentro de una hora se acostará usted y dormirá, quiero que duerma usted durante siete ú ocho horas consecutivas. Mañana se sentirá usted más fuerte. Conque, buenas noches.

—Y si duermo, ¿quién le dará la medicina á Litka?

—Se busca otra persona que se la dé. Usted tiene que dormir. Buenas noches.

Despidióse con estas palabras y salió.

Cuando el médico hubo salido, Polaniecki le dijo á la señora Emilia:

—Ahora tiene usted que seguir la prescripción del doctor. Es absolutamente necesario que usted descanse un poco. Yo la reemplazaré. Voy ahora

mismo al cuarto de Litka, y no me muevo de allí en toda la noche.

La señora Emilia, que solo pensaba en su hija, en vez de contestar directamente á Polaniecki, dijo:

Antes de que viniese la crisis, Litka no tenía otra cosa en la cabeza que su nombre de usted y el de Marina; me hizo preguntas muy raras, y entre ellas la de si era verdad que á los niños enfermos no se les podía negar nada. Naturalmente, la contesté que era cierto, pero con tal que fuese cosa que se pudiera conceder. Comprendíase que tenía algo en la imaginación, cuando vino Marina, me repitió la misma pregunta. Parecía muy contenta, pero casi en seguida la asaltó el mal. Por fortuna estaba presente el médico.

—La mayor fortuna es la seguridad que éste ha dado de que no se repetirá la crisis,—observó Polaniecki.

—Dios es tan misericordioso, tan bueno...—dijo la señora Emilia alzando los ojos al cielo.

Pocos minutos después, Polaniecki se hallaba solo en la estancia de la pobrecita enferma.

Litka se había dormido boca arriba de cara al techo; tenía sus enflaquecidos brazos tendidos á lo largo del cuerpo encima del cobertór, y en torno de sus hundidos ojos divisábase un ancho círculo negro. Su extremada pálidez su boca abierta y su inmovilidad daban al rostro de la niña el aspecto de la muerte. Únicamente el ligero movimiento de los bordados que adornaban su camisón de noche, daban á conocer que la niña vivía y respiraba. Po-

laniecki se sentó al lado del lecho, con el corazón henchido de una inmensa tristeza.

Entre tanto había anochecido. La señora Emilia entró llevando una lamparilla.

—¿Duerme?—preguntó en voz baja.

—Sí,—contestó también en voz baja Polaniecki.

La señora Emilia fijó en la enferma una mirada escudriñadora.

—Mirad cuan tranquilamente y con cuanta regularidad respira,—murmuró el joven.—Mañana se encontrará mucho mejor.

—Así lo espero,—contestó la señora sonriendo tristemente.

—Pero ahora la mamá tiene que pensar en sí propia; id á acostaros, si no queréis que os riña de veras.

—Voy en seguida. Dentro de poco deben venir Marina y el profesor Vascovski. Marina está empeñada en pasar la noche aquí.

—Tanto mejor. La señorita Plavicki sabe cuidar muy bien á los niños. Con que, buenas noches.

—Buenas noches:

Polaniecki quedó solo en la habitación abrumado en sus pensamientos y en sus poco agradables recuerdos, hasta á la llegada de Marina. Al aparecer ésta, saludáronse ambos con una ligera inclinación de cabeza. Polaniecki cogió un sillón, empleando grandes precauciones para no hacer ruido, lo colocó junto al lecho, é hizo seña á Marina de que lo podía ir ocupar. Esta fué la que primero tomó la palabra.

—Ahora,—dijo,—puede Vd. ir á tomar el té. El profesor Vascovski le aguarda en la sala.

—¿Y la señora Emilia?

—No podía tenerse en pie. Por más que se esforzó en resistir el sueño, tuvo que ceder é irse á acostar.

—Ya sé yo el porqué.

—El médico ha tratado de hipnotizarla, y se ve que lo ha conseguido. La niña parece que está mejor. Si no se repite la crisis, cosa que esperamos todos creo que no tardará en restablecerse.

—Dios lo quiera. Pero, ¿no va V. á tomar una taza de té?

Polaniecki no acertaba á alejarse. ¡Sentíase tan contento junto á ella, y hablando con ella á media voz!

—Ahora no,—contestó,—quizás más tarde. ¿Cómo ha sabido V. la recaída de Litka?

—La he sabido cuando he venido aquí cabalmente para saber noticias.

—La señora Emilia me mandó llamar en seguida. Me hallaba en el restaurant junto con Bigiel Bukacki Vascovski y Masko. A propósito de Masko, ¿sabe V. la novedad?

—¿Qué novedad?

—Qué tiene novia. La noticia es oficial: él mismo nos la ha confirmado. Su novia es la señorita Kraslavski, que para Masko es indudablemente un buen partido.

Hubo un breve instante de silencio Marina después que hubo rechazado las proposiciones de Masko se reprochaba con frecuencia la conducta que con él había observado, con la convicción de que le había causado un profundo desengaño. De consiguiente, al saber que Masko se había consolado

tan pronto, habría sido natural que se hubiese alegrado de la noticia; pero no fué así, antes por el contrario la sorprendió y hasta la ofendió. La mayoría de las mujeres, cuando sienten compasión hacia un hombre, quieren que éste la merezca, es decir, que sea verdaderamente desgraciado, y no quieren que otros tengan que consolarles. A más de esto, el amor propio de Marina recibía un duro golpe. Jamás se habría figurado que un hombre hubiera podido olvidarse tan fácilmente de ella y se apercibió entonces de que Masko no era aquel hombre especial que su fantasía se había creado. De esta opinión se había formado ella un arma contra Polaniecki y ahora se quedaba sin ella, y se sentía humillada. A pesar de lo cual, aseguró á Polaniecki que aquella noticia le había producido una profunda alegría; por más que en el fondo le causaba una nueva mortificación.

Un prolongado silencio sucedía á este nuevo diálogo. Al exterior percibiase el viento que azotaba la ventana, presagiando una mala noche. Parecía como que el cielo quisiera identificarse con los pensamientos de aquellos dos jóvenes. El aspecto de la estancia donde la enferma reposaba iba poniéndose cada vez más triste. Parecía como si la muerte desapiadada estuviese en acecho en uno de sus oscuros ángulos. Las horas se iban sucediendo lentamente unas á otras. Polaniecki lanzó sobre la niña una mirada llena de tristeza.

—Tú no me debes abandonar, cándida niña,—murmuró indoluntariamente:—tú no sabes cuán necesaria nos eres á tu pobre mamá y á mí. ¡Dios nos

libre de un golpe semejante! ¿Qué sería nuestra vida sin tí?

De repente se apercibió de que la enferma había abierto sus grandes ojos y que los tenía fijos en él. Creyó que era víctima de una alucinación y no se movió; pero la niña hizo un movimiento y murmuró:

—Señor Stach.

—¿Qué deseas, vida mía? ¿Cómo te encuentras?

—Bien. ¿Dónde está mamá?

—Vendrá pronto, la hemos convencido de que le convenia descansar un poco. ¡Estaba tan fatigada!

Litka se volvió y, notando la presencia de Marina, dijo:

—También está aquí la tía Marina.

Marina se levantó, tomó la botella de la medicina y se puso á contar las gotas dejándolas caer en una cuchara, la ofreció á la enferma, y apoyó los labios en su frente.

Al cabo de un rato, prosiguió la niña, como si hablara consigo misma:

—La mamá no se debe haber despertado.

—No,—contestó Polaniecki—nadie la despertará. Haremos lo que nuestra Litka quiera.

Esto diciendo, el joven acariciaba sus diminutas manos. Litka lo miraba con ternura repitiendo:

—Señor Stach... querido señor Stach...

Desde el interior de la habitación percibiase el ruido de la lluvia.

—¿Cómo te encuentras, Litka?—preguntó Marina.

Litka juntó las manos, y con voz casi ininteligible respondió:

—Tendría que hacer una gran súplica á la tía Marina, pero no me atrevo á hacérsela.

Marina se inclinó hacia la niña, y con cariñoso acento la dijo:

—Habla, prenda, dime todo lo que tengas en este corazoncito.

Litka se apoderó de una de sus manos, se la llevó á los labios y murmuró:

—Tía Marina prométeme que amarás al señor Stach.

El profundo silencio que siguió á estas palabras solo estaba interrumpido por la respiración acelerada de la enferma. Por fin Marina contestó con voz clara:

—Sí, vida mía.

Polaniecki sintió en la garganta una opresión que amenazaba ahogarle. Desgarrábasele el corazón á la vista de aquella niña que, enferma, extenuada y casi moribunda, pensaba todavía en él.

Litka, continuó:

—Tía Marina, prométeme que te casaras con el señor Stach.

A la pálida luz de la lámparilla de noche, el rostro de Marina parecía blanco como la nieve y temblábanle los labios; pero respondió sin vacilar:

—¡Sí, alma mía!

Litka cubrió de besos su mano y apoyó luego la cabecita sobre la almohada, y gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Sucedió un silencio lleno de angustia. Marina y Polaniecki permanecían callados no atreviéndose á mirarse. Comprendían que su destino podía depen-

der de aquella noche y estaban como atontados por lo que había pasado.

En medio de aquel profundo silencio iban sucediéndose las horas una tras otra. Las dos de la mañana daban en el reloj, cuando la señora Emilia apareció como una sombra en la habitación.

—¿Duerme Litka?—preguntó en voz baja.

—No, mamita,—respondió la niña.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

Y cuando la señora Emilia se sentó encima del lecho junto á su hija, ésta le echó los brazos al cuello, y apoyando la cabeza contra el pecho de su madre dijo:

—Mamita, mira, realmente es cierto que á una niña enferma no se le puede rehusar lo que pide. Ahora lo sé positivamente.

Durante algunos minutos permaneció abrazada á su madre como si se hubiese dormido; más luego, como despertándose, repuso:

—El señor Stach ya no estará triste nunca más; te diré el porque, mamita.....

Más de pronto calló, su cabeza se apoyó pesadamente sobre el pecho de su madre, y ésta que sintió en su mano la impresión de un sudor frío que bañaba la frente de la niña.

—¡Hija mía!—gritó aterrada y con voz trémula la señora Emilia.

—Siento una cosa extraña, una fatiga...—murmuró Litka cuyos pensamientos se confundían.

Un instante después prorrumpió:

—¡Oh! ¡viene el mar! un mar grande, muy grande y todos nadamos... ¡Mamá, mamá!

Sobrevenía una nueva crisis. Violentas contracciones asaltaron á la niña que se echó hacia atrás, hundiéndosele los ojos en sus órbitas.

Ya no era posible hacerse ilusiones: la muerte se acercaba; verdaderamente estaba acurrucada en uno de los ángulos de aquella estancia, se la veía irse aproximando á la pálida claridad de la lámparilla de noche, se la percibía en el viento que silbaba fuera de la ventana.

Polaniecki se precipitó como un loco fuera de la habitación en busca de un médico. Quince minutos después estaba ya de vuelta. Primero entró en la habitación Polaniecki seguido del doctor. Frente á la puerta hallábanse los criados con el rostro soñoliento y angustioso. Reinaba un silencio absoluto.

De pronto, Marina salió de la estancia con el rostro densamente pálido y con voz entrecortada por los sollozos, exclamó:

—¡Está muerta!

XIX

Melancólico pero tranquilo como el rostro de una enferma atacada de tisis sonreía el sol á fines de otoño. En uno de éstos días tuvieron lugar los funerales de Litka. Polaniecki, muy ocupado en los preparativos estaba profundamente afligido y totalmente concentrado en los recuerdos de aquella niña tan querida. Hasta entonces no había medido aún toda la inmensidad de su dolor. Este únicamente se mide cuando el sér amado reposa ya en la triste mansión de los muertos, y se vuelve á entrar solo en la morada desierta. Con la muerte de su hija,

la señora Emilia había perdido aquella elasticidad, que es el impulso por el cual el hombre piensa decide y obra. El golpe fué demasiado fuerte para la pobre madre. Por fortuna, semejantes dolores, sobradamente agudos, llevan en sí mismos el remedio; éstos anonadan el corazón y lo incapacitan para cualquier otro sentimiento. Así había acaecido con la señora Emilia. Polaniecki había observado que sus facciones habían adquirido una expresión árida y rígida. Había derramado muchas lágrimas pero sus palabras y sus lamentos salían de sus labios como un murmullo ligero, melancólico, casi infantil. Su mente no se había dado cuenta aún de la inmensidad de su desdicha, y en efecto se ocupaba sin cesar en mil pequeñeces inherentes á su hija, y obraba con ella como si viviera aún.

Litka yacía como dormida sobre su lecho de muerte, que estaba totalmente cubierto de flores. Nada le faltaba, pero su madre estaba cavilando sin cesar, temerosa de que le faltase algo.

Cuando se trató de obligarla á alejarse del cadáver, no opuso resistencia alguna pero perdió todo claro conocimiento de las cosas y empezó á lamentarse y á llorar como si su dolor fuera superior á sus fuerzas. Sin embargo quiso acompañar á su hija á la última morada: ni Polaniecki, ni Marina lograron disuadirla y tuvieron que ceder.

Cuando se colocó el pequeño ataúd delante de la abierta fosa y resonó el desgarrador *Requiem eternam* y el *Anima Ejus* Polaniecki, aún cuando en aquel momento todos sus pensamientos y todos sus sentimientos estaban como oscurecidos, entrevió como entre neblinas el rostro y los ojos rígidos de

la señora Emilia, las lágrimas de Marina, las pálidas mejillas de Bukacki en cuyas facciones se podía ver claramente que en aquel momento había dejado toda su filosofía en la puerta del cementerio, y el ataúd de Litka. Siguiendo el ejemplo de los demás, arrojó como un autómeta un puñado de tierra sobre la tapa del ferétro, pero cuando hubo bajado la caja al fondo de la fosa y ésta quedó llena, sintió como si una mano le hubiese agarrado por el cuello, le pareció que todo lo que había pensado y hecho hasta aquel momento se hubiese desvanecido en la nada.

—¡Hasta la vista Litka!—repitió mentalmente.

Y todo terminó.

A llegar á la puerta del cementerio, Polaniecki se decía:

—Es una fortuna que la madre se encuentre en este estado de amodramiento pues de no ser así, cuan vivo sería el dolor que ella experimentaría en este momento ante la idea de que su hija se queda sola aquí. Los muertos nos abandonan, pero nosotros les abandonamos también á ellos.

Cuando hubo subido á su coche experimentó cierto alivio el pensar que al fin había terminado un acto doloroso y pesado y que á este debía seguir una poca de paz. Su habitación le pareció vacía, desierta y desprovista de luz, pero en cuanto hubo tomado el té y se hubo arrellanado en un sillón sintióse por segunda vez aliviado, al pensar que habían terminado ya los funerales de Litka.

Al anochecer se consideró en el deber de ir á enterarse del estado de la señora Emilia que interinamente se hospedaba en casa de los Plavicki. Al

salir de su cuarto se apercibió del retrato de Litka que estaba colocado encima de un velador; lo cogió lo contempló conmovido, y lo dejó luego de nuevo en su lugar, después de haber estampado en él un beso. Un cuarto de hora después, llamaba á la puerta de la morada de los señores Plavicki.

El criado le dijo que el señor había salido, pero que se encontraban allí, á más de la señora Ewotowski, el provesor Vascovski y el padre Eilak.

En el salón halló á Marina, que en aquel momento con el cabello descompuesto y los ojos encarnados, casi le pareció fea. La conducta de la joven para con él había cambiado por completo, como si la terrible desgracia de la muerte de Litka hubiese hecho desaparecer en ella todo vestigio de cólera.

—Emilia está aquí,—murmuró,—está mejor; á lo menos comprende lo que se le dice. El profesor Vascovski le hace compañía: el buen señor le habla con tanto cariño que sabe hacerse escuchar. ¿Quiere V. verla?

—No; he venido para saber como se encontraba. Tengo que volverme en seguida.

—Podría ser que quisiera hablarle á V. aguarde un momento: voy á decirla que está V. aquí. Litka le quería á V. mucho y tal vez por eso deseará su presencia.

—Está bien,—dijo Polaniecki.

Marina pasó á la pieza inmediata dejando la puerta abierta. Polaniecki oyó únicamente la voz de Vascovski que con expresivas frases y con profunda convicción se esforzaba en romper la dura corteza que envolvía el corazón de la pobre madre.

—Viene á ser,—decía Vascovski,—como si se ha-

biera ido á jugar á la habitación del lado para volver luego. Ella no volverá, pero V. camina hacia ella. La niña vive y está contenta. Comparada con la eternidad, esta separación tan solo es momentánea. Litka vive,—volvía á decir con piadosa convicción, vive y es dichosa. Ella vé que V. le tiende los brazos ansiosa de abrazarla, pero sabe que dentro de poco tiempo os irá V. á reunirse con ella, porque ella se halla junto á Dios y no puede experimentar dolor alguno. Pronto estará V. también allá, y entonces ninguna enfermedad, ninguna muerte podrá separarla de ella. Se acabará el mundo y vosotras estaréis unidas todavía.

—Serían frases verdaderamente consoladoras,—pensaba con amargura Polaniecki, si se pudiera tener la seguridad de que son ciertas.

Y casi en seguida se dijo á sí mismo.

—Si pudiera pensar así, consentiría en partir inmediatamente para el otro mundo.

Embebido en estos pensamientos, penetró en la habitación, sin esperar el regreso de Marina. Comprendía que su deber era el asistir en aquellos momentos á la señora Emilia.

—Para no oír los gritos de dolor de los demás, los hombres se tapan las orejas, y luego se excusan sosteniendo que, en las grandes desventuras, no hay palabra alguna que las pueda aliviar.

Todo esto se dijo Polaniecki y se sintió avergonzado de permanecer allá afuera.

La señora Emilia estaba sentada en el sofá y Vascovski se hallaba á su lado teniendo cogida una de sus manos. Polaniecki la cogió la otra mano, é inclinándose se la llevó silenciosamente á los labios.

La señora Emilia, como si despertara de un profundo sueño díjole con placentero acento.

—¿Se acuerda V, de cuando mi niña?...

Sojuzgada por el dolor, llevóse las manos al corazón, como si este estuviera á punto de estallar á impulsos del pesar, y luego la abandonaron las fuerzas y se desmayó. Apenas la hubieron tendido en el lecho de Marina, recobró los sentidos.

Polaniecki y Vascovski se querían retirar, pero los detuvo el señor Plauicki que llegaba precisamente en aquel instante.

—No es muy divertido,—dijo,—tener en casa á una señora que está de luto, cuando se tienen tantos disgustos, como tengo yo; cabalmente ahora que necesito un poco de tranquilidad, pero, ¿qué se ha de hacer? Nunca se hará caso de mí; tal es mi destino.

Cosa de media hora después entró Marina diciendo que la señora Emilia se había puesto tranquila. Entonces Polaniecki y Varcovski se despidieron.

Al día siguiente Bigiel fué á ver á Polaniecki, con el pretexto de despachar algunos asuntos urgentes, pero más que todo para distraerlo.

Pusiéronse á trabajar pero no tardó en venir á estorbarles Bukacki, que iba á despedirse de ellos.

—Hoy salgo para Italia,—dijo,—y sólo Dios sabe cuando estaré de vuelta; por eso he venido á saludaros. La muerte de esa pobre niña me ha impresionado más de lo que habría podido creer.

—¿Estarás ausente por mucho tiempo?

—¿Quién sabe? Mira, se puede ser lo que se quiere, budhista, escéptico... todo lo que queráis; pero

en el fondo se cree en la misericordia de un Sér Supremo. A diario nos apercibimos de cuán en contradicción está eso con la cruel realidad, y todo esto nos ocasiona incesantes dolores y aficciones. Aquí sucede siempre algo, de suerte que, quien está dotado de buen corazón se halla en la necesidad de desazonarse por los pesares de los demás. No quiero saber más de ellos, quiero librarme de este martirio.

—¿Y crees que en Italia no es lo mismo que aquí?

—Allí á lo menos brilla un sol ardiente y se encuentran tesoros de arte; esto entre nosotros no podría ser. Beberé Chianti, que curará mi catarro intestinal; además, allí no conozco á ser viviente y aun cuando los hombres tuviesen que caer como moscas, no me conmoviera poco ni mucho. Admiraré los cuadros, compraré el que me agrade y podré cuidar mis reumatismos y mi jaqueca. Créeme, esta vida es la mejor. Aquí no puedo estar tan embrutecido como quisiera.

—Tienes razón, Bukacki. ¿Ves? nosotros dos trabajamos como locos y esto para distraernos, para no tener que pensar en otra cosa.

—Entonces, hasta que nos volvamos á ver en Emaus.

Cuando se hubo marchado, Polaniecki observó:

—No deja de estar algo acertado. Yo, por ejemplo, sería mucho más dichoso si no tuviese tanto cariño á aquella pobre niña y á la señora Emilia. Pero en esto somos incorregibles, y nos echamos á perder la vida porque así se nos antoja. Seremos siempre desgraciados, porque nuestro romanticis-

mo sentimental se parece á una enfermedad hereditaria.

—En cambio, el viejo Plavicki sólo se tiene cariño á sí propio.

—Puede ser, pero le falta valor á inteligencia para confesar que quiere ser así; por el contrario, está persuadido que debe mostrarse completamente distinto. Aquí entre nosotros, hasta estas naturalezas se ven obligadas á fingir para hacer creer que son sensibles.

—¿Vas á ver hoy á la señora Emilia?

—Naturalmente. Si me dijese por ejemplo que tengo calentura, esto no me consolaría.

En efecto, aquel día fué dos veces á ver á la señora Emilia.

La primera vez no encontró en casa á las señoras, y al preguntarle al señor Plavicki dónde estaba su hija, éste respondió con tono resignado y con gran énfasis:

—Ya no tengo hija.

La segunda vez, al anoecer, no encontró más que á Marina, la cual le dijo que la señora Emilia había dormido por vez primera desde la muerte de su hija.

Mientras hablaba tuvo abandonada su mano en la de Estanislao, y cuando él la miró en los ojos, notó que estaba ligeramente ruborizada.

—Hemos estado en el cementerio,—repuso Marina después que ambos hubieron tomado asiento,—y he prometido á Emilia que la acompañaría todos los días.

—No me parece del todo conveniente renovar cada día esta herida.

—Para esta clase de heridas no hay bálsamo alguno, y luego que yo no tendría el valor de rehursarla. Al principio también opinaba yo así, pero luego me he convencido de lo contrario. Ante la tumba de su hija ha llorado mucho, pero luego se ha encontrado mejor. Al volver recordaba las palabras del señor Vascovski, y su único consuelo es el convencimiento de que ha de volver á ver á su hija.

—Tanto mejor.

—Habla sin cesar de Litka y esto parece que la alivia, de modo que la podéis hablar de ella sin temor.

Luego, bajando la voz, continuó:

—No cesa de reprocharse el que la última noche, siguiendo los consejos del médico, se fuera á acostar. Hoy, al regresar del cementerio, empezó á dirigirme preguntas sobre todos los más pequeños detalles de aquella noche; qué aspecto tenía la niña, cuánto tiempo había dormido, si había hablado mucho y al fin me conjuró á que la repitiera todo lo que ella había dicho.

—¿Y se lo contasteis todo?

—Sí.

—¿Y qué impresión le produjo?

—Lloró mucho.

Hubo unos instantes de silencio, y luego Marina repuso:

—Voy á ver cómo sigue.

No tardó en volver, y dijo:

—Duerme, gracias á Dios.

Aquella noche Polaniecki no pudo ver á la señora Emilia.

Antes de que se marchara, Marina le estrechó de nuevo la mano, y dijo con tono casi humilde:

—¿No estáis enfadado conmigo, porque la he explicado el último deseo de Litka?

—En estas ocasiones no pienso en mí mismo,— contestó Polaniecki.—Sólo la señora Emilia ocupa mi atención, y de consiguiente, si lo que le habéis dicho la ha consolado, os lo agradezco muchísimo.

—Entonces, hasta mañana, ¿verdad?

—Sí, hasta mañana.

Mientras bajaba la escalera, Polaniecki iba pensando:

—Se considera como novia mía.

Y no se equivocaba: él jamás le había sido indiferente, y su cólera era ni más ni menos que la consecuencia de lo mucho que se interesaba por él. En el fondo, su corazón ansiaba vivamente el amar y ahora, desde que junto al lecho de muerte de Litka se había comprometido á amarle y á casarse con él, parecíala que este era realmente su deber, y por consiguiente, ya no se conceptuaba libre con respecto á él. Era una naturaleza no muy rara en nuestros tiempos, una de esas naturalezas para quienes la vida y el deber se confunden, y que por eso están dotadas de una constante buena voluntad. Semejante buena voluntad lleva á un amor, que posee la luz y el calor del sol, y es tranquilo como el azul del cielo.

Esta capacidad para la vida feliz, ella educada en la sencillez del campo, la poseía en sumo grado. Pero la muerte de Litka y los acontecimientos de

aquellos últimos días, habían alejado á Marina del corazón y de la mente de Polaniecki. Ahora empezó á pensar en ella, y en su propio porvenir, y volvía á entablarse en él la lucha entre los distintos sentimientos.

—¿No sería mejor,—pensaba,—que yo liquidara mis negocios con Bigiel y que, una vez realizado todo mi capital, me marchase á Italia ó á otro sitio cualquiera, donde brille un sol más ardiente, donde el vino sea bueno y donde existan hombres cuya felicidad ó cuyos dolores me sean indiferentes, y cuya muerte no me haga derramar una sola lágrima?

XX

A pesar de la gran turbación del espíritu de Polaniecki, los asuntos de su negocio con Bigiel no experimentaron menoscabo alguno, antes por el contrario, el nombre de la Casa se consolidó y adquirió fama universal, gracias al espíritu recto y práctico de Bigiel.

También, sin embargo, Polaniecki, aunque no trabajaba con la tranquilidad de antes, contribuyó, con su férrea actividad jamás desmentida ni por un sólo instante, al buen resultado y al incremento de los negocios. Semejante actividad servía poderosamente para hacerle olvidar los graves disgustos que quedaban sofocados bajo la multiplicidad de los trabajos.

—Aquí,—decíale á Bigiel,—sé á qué atenerme, aquí á lo menos el objeto es evidente. Bien es verdad que el ejercicio de mi vocación no me compen-

sa de todos los disgustos que he pasado, pero me proporciona algún alivio.

Polaniecki, sin embargo, poseía una alma demasiado tierna para que pudiera hacerse rápidamente indiferente á todo lo que antes interesaba su corazón.

Por esto de vez en cuando hacía una visita á la tumba de Litka. En el cementerio encontrábase á menudo con la señora Emilia y con Marina, y cierto día que las acompañó al regresar, se sorprendió de la tranquilidad con que la primera habló de su hija.

—Estoy convencida,—decía esta,—que mi amada hija considera como momentánea nuestra separación. ¡No puede usted figurarse cuánto me consuela el saber que á lo menos ya no sufre!

Llegados á casa, la señora Emilia le invitó á subir.

Luego, como esta se hubiese retirado á su habitación, él quedó solo con Marina.

—Emilia no sabe ocuparse de otra cosa que de Litka,—empezó diciendo Marina;—vive con la única esperanza de poderla ver, y habla de ella como si viviera todavía.

—Es una fortuna para ella,—contestó Polaniecki;—esta persuasión se la debe á Vascovski.

—Si habla de la posibilidad de volverla á ver, tiene perfectamente razón, porque...

—No podría contestar yo á esta pregunta,—interrumpió Polaniecki.

Una sombra pasó por el semblante de Marina y para no dejar traslucir la mala impresión que aque-

llas escépticas palabras habían producido en ella, mudó de conversaci4n.

—No sé si le he dicho á usted que he hecho ampliar el retrato de Litka,—dijo reanudando la conversación.—Ayer recibí tres copias; la una la quiero regalar á Emilia. Aguarde usted un instante, se las quiero enseñar.

Esto diciendo se aproximó á un armario y tomó de él un paquete envuelto en papel blanco; invitó á Polaniecki á que se sentara junto á la mesa y junto á ella, y extendió las fotografías.

—Ayer Emilia se acordaba de cuando Litka, poco tiempo antes de morir, le preguntaba á usted si los árboles vivían mucho; ¿Lo recuerda usted?

—Perfectamente. Litka se admiraba de que los árboles pudieran vivir tanto tiempo, y deseaba ser un abedul como su mamá.

—Y usted le contestó que le gustaría ser también un abedul, con tal que pudiera crecer junto á ellas. Yo he querido dibujar estas plantas en el margen de la fotografía; mire usted, he empezado ya, pero no lo he conseguido, porque hace ya mucho tiempo que no manejo el pincel, y además no sé pintar de memoria.

Al decir esto, le mostraba un grupo de árboles pintados á la aguada; pero como era algo corta de vista, se inclinó tanto sobre el dibujo que su mejilla rozó la de Polaniecki.

Aun cuando Marina no era ya para él la de antes y habían pasado aquellos tiempos en que ella se había hecho dueña tan absoluta de su corazón y de sus sentidos, sin embargo, la sangre le subía á la

cabeza al percibir su tibio aliento y aquella mejilla ligeramente sonrosada tan inmediata á la suya.

—Si la besara en los labios,—pensaba,—¿qué diría? De seguro que se ofendería en gran manera, pero así me vengaría de todos los dolores que me ha causado.

Pero se contuvo, y Marina, sin sospechar ni remotamente lo que en aquel instante había pasado por la imaginación de su compañero, continuó:

—Hoy mi pintura me parece más fea aún.

—No tal,—observó Polaniecki;—me parece que no ha salido del todo mal. Pero dígame usted, si los árboles tienen que representar á la señora Emilia, á Litka y á mí, ¿por qué ha pintado usted cuatro abedules en lugar de tres?

—El cuarto... soy yo,—contestó algo confusa Marina.—También yo he deseado ser un abedul y crecer junto á los otros tres.

Polaniecki, sorprendido, la miró en los ojos, mas esta, envolviendo rápidamente la fotografía, se sus-
trajo á su mirada interrogadora y prosiguió:

—¿Acaso todos mis recuerdos no me ligan á aquella niña? Puede decirse que desde muy niña he vivido siempre con ella y con su madre. Ahora Emilia es mi más querida amiga. Estoy ligada á ellas como lo estáis vos... No sé cómo expresarme... Antes éramos cuatro, ahora somos tres unidos al recuerdo de Litka. Ahora cuando pienso en aquella niña, aparécense en mi mente otras dos personas, Emilia y usted. Por esto pinté cuatro abedules y son tres las fotografías, una para Emilia otra para mí y una para usted.

—Se lo agradezco con toda mi alma,—contestó Polaniecki tendiéndole la mano.

Marina correspondió muy expresivamente á aquel apretón, y añadió:

—No podemos honrar mejor la memoria de aquel ser querido, que olvidando los pasados resentimientos.

—En esto—contestó Polaniecki,—estamos completamente de acuerdo y por mi parte habría deseado que hubiese sido mucho tiempo antes de la muerte de Litka.

—Si no fué, mía es la culpa, pero le pido perdón de ello,—declaró Marina tendiéndole á su vez la mano.

El joven estuvo indeciso entre si debía ó no besar aquella mano, pero se limitó á contestar sencillamente.

—Pues entonces, paz y amistad.

—¿Y amistad?

En el rostro de Marina se reflejaba la alegría que llenaba su corazón y miró á su compañero con tanta confianza y cordialidad, que éste creyó de pronto tener ante él á aquella Marina de un día, la Marina de Kerzemien.

Pero desde la muerte de Litka, habíase jurado ahogar en su pecho toda clase de sentimiento y se puso vivamente de pie para despedirse.

—¿No quiere usted pasar la velada con nosotras?—le preguntó Marina.

—No, tengo que volver á casa.

—Tenga usted la bondad de esperar un momento, quiero decir á Emilia que se va usted.

Y abrió la puerta de la habitación inmediata.

—Parece que está rezando,—observó Polaniecki,—le ruego que no la interrumpa. Puede ser que vuelva mañana.

—Mañana, y todos los días... ¿verdad? Piense usted que ahora también para nosotras es usted el señor Stach.

Mientras volvía hacia su casa, Polaniecki iba pensando.

—Su conducta para conmigo ha cambiado por completo. Se considera como mía; porque no solamente está decidida á cumplir la palabra dada á Litka moribunda, sino que está convencida que tiene el deber de amarme. Conozco muchos de estos caracteres de hielo pero de cabeza exaltada, que obran únicamente por principio y por deber. Podría morir como un perro á sus pies sin alcanzar nada; pero ésta trata de amarme por un sentimiento de deber. Mas yo quiero que se me ame por mí mismo.

Y se acostó y se durmió entregado á estos pensamientos. Y durante toda la noche soñó en abedules, en retratos, en ojos azules y serenos, en un rostro encantador y en una personilla llena de vida y de juventud.

XXI

Algunos días después disponíase Polaniecki á salir cuando se presentó Masko en su casa y pidió tener una conferencia con él.

—Necesito hablarte de varias cosas, y antes que todo de mi deuda.

—Si tienes que hablarme de negocios, este no es

el lugar apropiado; los trato únicamente en mi despacho.

—Es que el asunto de que quiero hablar es de índole completamente privada y por esto he venido aquí. Tú sabes que me caso, y precisamente por esto necesito dinero. He tenido que hacer tantas cosas como cabellos tengo en la cabeza. Está próxima la fecha para el pago del primer plazo de la contrata sobre la cesión del crédito sobre Kerzemien. ¿Puedes darme una prórroga de otros tres meses?

—Te hablaré con tanta franqueza como has hablado tú conmigo,—respondió Polaniecki,—puedo, pero no quiero.

—¿Y qué harás si no te pago?

—En este mundo hay remedio para todo. Pero tú me has tomado por un tonto; yo sé que pagarás.

—¿Y cómo lo haces para saberlo perfectamente?

—Te vas á casar dentro de poco, y de seguro no querrás pasar por mal pagador.

—Donde no hay hasta el rey pierde su derecho.

—Ahora estamos á solas los dos, y de consiguiente puedo decirte que tú siempre has sabido hacer hasta lo imposible, y que también ahora sabrás salir de apuros.

—Es que ahora sé como tengo mis cosas. He pretendido obtener de tí un favor, pero reconozco que no tengo derecho alguno á que me lo hagas. Ahora estoy, como suele decirse, con el agua al cuello. Dame aunque sólo sean dos meses de prórroga, y luego la cosa ya será distinta. ¿No me los quieres conceder? Está bien. Tengo todavía un poco de